

San Benedicto escribe: «Todos los huéspedes que lleguen deben acogerse como si se tratara de Cristo, ya que el mismo Cristo dice, “fui forastero y me recibiste”». Yo he venido hoy aquí para ofrecer el don de la hospitalidad.

Saben, yo lo conocí. No me gusta alardear, pero lo quiero mucho y es un honor que se me considere su amiga. El mismo Cristo se sentó a mi mesa. Pero lo que más me llena de orgullo es que sinceramente puedo decir que el trato que le dimos no era diferente del que se le ofrece a cualquier otro huésped en mi casa; por lo menos, no fue así conmigo.

Mi hermana y yo no nos parecemos en nada; somos como la noche y el día. En cierta ocasión, ella le enjugó los pies a Jesús con un perfume muy, muy caro. Siempre hace cosas así porque es un poco dramática. Y como no quiere perderse ni una palabra de lo que los hombres hablan, va y se sienta bien al frente para estar segura de escucharlo todo. Pero ella también tiene sus propios dones.

Mi don es el de la hospitalidad. Tal vez no escuchen los mejores chistes de la noche, pero cuando todos salen de la casa, no les cabe la mejor duda de que fueron bien recibidos. ¿Y saben qué? ¡Sé cocinar! Mi madre me enseñó muy bien. A María nunca le interesó, pero yo aprendí bien rápido. ¡Todos en el pueblo me conocen por los deliciosos platillos que preparo!

Tal vez les parezca una exageración, pero estoy convencida de que el don de la hospitalidad es todo un arte. Hago las tareas de la casa para que haya un ambiente bien cálido y acogedor. No me gustaría que alguien entrara y se sintiera fuera de lugar, no importa cuáles sean las circunstancias de esa persona. Para mí es muy importante ofrecer una atmósfera de confianza, un lugar donde la persona se sienta en libertad de contar todo lo que quiera, mucho o poco y, por supuesto, un lugar donde la buena comida y la buena bebida ayuden a calentar también nuestro interior.

Mi casa se convirtió en una parada obligada no solo de Jesús, sino también de muchos de los que le seguían en sus viajes. Sabían que la puertas de mi casa estaban abiertas no importa si yo sabía que venían o no, y que tendría preparado un baño calentito y una mullida cama en caso de que alguien pasara por el pueblo. Le dejaba la conversación a María. Me encanta estar en la cocina o lavando la ropa de los amigos, mejor dicho, cualquier cosa que pudiera serles de ayuda. Jesús a veces se burlaba de mí y me decía que me detuviera para ¡oler la fragancia de las flores! Pero así soy. Así es como siento el olor de las flores: haciendo que otros se sientan bien acogidos y felices.

Bueno, ese es el don que tengo para ofrecerles. Soy mejor actuando que hablando.

Me encanta que estén aquí. ¡Bienvenidas!

Sugerencias para el diálogo - Marta

Todas sabemos, sin que nos quepa la menor duda, que Marta poseía el don de la hospitalidad. Pero, como nos sucede a muchas de nosotras, también era propensa a dejar que los detalles de ese talento interfirieran en la manera de servir de todo corazón.

En el pasaje de la Escritura de Lucas, vemos que Marta «se sentía abrumada porque tenía mucho que hacer» (Lucas 10:40, NVI). Se acercó a Jesús y le contó lo frustrada que se sentía con su hermana porque le había dejado todo el trabajo mientras ella, María, se sentaba a los pies de Jesús. ¡Quería que Jesús le ordenara a María que se levantara y fuera a ayudarla! La respuesta que Jesús le dio a Marta no era la que ella esperaba: «Marta, Marta —le contestó Jesús— estás inquieta y preocupada por muchas cosas, pero sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor, y nadie se la quitará» (Lucas 10:41-42, NVI).

Seguro que ante esta respuesta Marta se controló. Ella se había matado para servir a sus invitados para que se sintieran acogidos, mientras que su hermana no había hecho ningún trabajo. ¿Cómo es posible que María hubiera escogido «la mejor» parte?

Cuando nos quejamos de lo que estamos haciendo, eso significa que nuestro corazón no está puesto en lo que hacemos. No se trata de lo *que* hacemos en el nombre de Jesús; es *cómo* lo hacemos: con convicción y con gozo. Si no, dejaría de ser un ministerio para convertirse más bien en una obligación.

A veces nos dejamos distraer por todas las demandas que a nuestro parecer, nos han impuesto. Es fácil olvidar *por qué* estamos sirviendo y *a quién* estamos sirviendo. Es crucial que encontremos de alguna manera el equilibrio entre la *María* que hay en nosotras, que quiere sentarse a los pies de Jesús, y la *Marta* que se enreda en todos los detalles del servicio que realizamos.

- ✦ Invita a las mujeres del grupo a recordar algún momento en el que atendieron a huéspedes en sus casas (o en la iglesia, como en una despedida, o una reunión del Presbiterio). Hablen de cómo fueron las preparaciones. ¿Fue un acontecimiento calmado, placentero? ¿Se sintieron abrumadas con la planificación y el trabajo? ¿Qué hicieron para cambiar las circunstancias para poder ser hospitalarias con convicción y gozo?
- ✦ Piensen en la **Regla 20/80**. 20% de las personas hacen el 80% del trabajo. ¿Se aplica esto en sus iglesias? ¿Cómo se sienten ante esta situación? ¿De qué manera sus sentimientos y actitudes se reflejan en el don de la hospitalidad?

ORACIÓN:

Gracias, amoroso Dios, por el don de la hospitalidad. Te pedimos que nos guíes y dirijas para que Cristo sea lo primero en todo lo que hacemos, a fin de que los *detalles* de nuestro servicio no interfieran en el *propósito* de lo que hacemos. Amén.

Al despedirse: Preséntele a su grupo el reto de buscar una manera de practicar la hospitalidad esta semana.